



# FEMINISMOS, CRISIS Y COMUNIDADES

*Entrevistadora: Javiera Cubillos Almendra<sup>10</sup>*

*Entrevistadas: Yanina Gutiérrez Valdés<sup>11</sup>,  
Gloria Mora Guerrero<sup>12</sup> y Ana María Vera Haro<sup>13</sup>*

**El asunto que convoca este diálogo es el de desenmarañar los vínculos que pueden existir entre los feminismos y las “actuancias” promovidas por mujeres, la crisis sanitaria (u otras crisis) y la conformación -reactivación, regeneración o transformación— de las comunidades o -a decir de Raquel Gutiérrez— de los “entramados comunitarios”. En este contexto, les agradecería comentarnos cómo sus investigaciones actuales o los proyectos en los que participan (académicos o no) se vinculan con estas temáticas.**

**GLORIA:** Actualmente me desempeño como académica en el Departamento de Psicología de la Universidad Católica de Temuco. Ingresé el año 2015 e inicié un programa de investigación que

---

10 Académica de la Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

11 Psicóloga por la Universidad de la Frontera (Temuco), Magíster en Psicología Mención Comunitaria por la Universidad de Chile y candidata a doctora en Estudios Transdisciplinarios Latinoamericanos, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, con una tesis que aborda el campo investigativo de las mujeres mayores. Académica del Departamento Disciplinar de Psicología de la Universidad de Playa Ancha (Valparaíso).

12 Psicóloga por la Universidad de Guanajuato (México), Magíster en Psicología Comunitaria por la Universidad de Chile y Doctora en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Académica del Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias de la Salud, en la Universidad Católica de Temuco e Investigadora FONDECYT de Iniciación 11180780, con el proyecto “Las que tienen hijos chicos no pueden ir a trabajar: la organización social del cuidado como condición de la participación de mujeres en asociaciones productivas rurales de la Araucanía”.

13 Psicóloga por la Universidad de la Frontera (Temuco), activista feminista y observadora de derechos humanos, diplomada en Salud Mental y Psiquiatría Comunitaria por la Universidad de Chile y diplomada en Salud Familiar por el Centro Nacional de Perfeccionamiento Profesional del Doctor Fermín Domínguez (Cuba). Cursó los primeros años del doctorado en Procesos Sociales y Políticos Latinoamericanos en la Universidad ARCIS, ha sido docente en diversas universidades regionales, es integrante en la Asociación Gremial de Psicólogos de Salud de la Araucanía y parte del equipo directivo de la Sociedad Chilena de Psicología Comunitaria.

trata de abordar, desde el punto de vista de la psicología comunitaria, la vida cotidiana del hogar rural, fundamentalmente, desde la perspectiva de las mujeres que se dedican a la agricultura familiar campesina. Desde el año 2015 he estado trabajando en este programa, que integra una perspectiva de género. Básicamente, nos sumamos a la línea de los estudios feministas y pretendemos dar respuesta a tres interrogantes: i) ¿cuáles son las condiciones económicas, sociales, culturales que explican la posición social de las mujeres?; ii) ¿cuáles son las formas que las mujeres hemos encontrado para subvertir esta posición social?, es decir, para cambiar los términos en los cuales se están estableciendo las relaciones, ya sea al interior de las familias, en las comunidades o en relación con las instituciones sociales o estatales; y iii) ¿cuáles son las acciones que podremos emprender para avanzar, todavía más, hacia la equidad de género? Esto es lo que he estado trabajando en este programa, desde el punto de vista de agricultoras a pequeña escala.

Existe una línea de investigación que habla acerca de cómo efectivamente las mujeres agrícolas, las agricultoras a pequeña escala, se encuentran en una posición de subordinación por múltiples factores: pobreza, falta de acceso a servicios básicos, menores oportunidades de participación laboral, falta de acceso al capital y a la tecnología, entre otras. De este modo, estamos observando cómo la forma en que se organiza el cuidado también crea desventajas para las mujeres, en muchos sentidos: en sus oportunidades de participación laboral, en los espacios para el ocio, en las posibilidades de cuidar su salud mental, etc. Entonces, creo interesante conocer y aprender formas alternativas de enfrentar las crisis sociales, políticas y sanitarias. ¿Qué podemos aprender de ellas, de sus experiencias, para replantearnos o rearticularnos como sociedad?

**YANINA:** Estoy trabajando en la Universidad de Playa Ancha, en Valparaíso, en el Departamento de Psicología. Mi trabajo tiene que ver con la psicología comunitaria, desde donde me he ido relacionando con distintos grupos, sectores y comunidades. Cuando trabajé en Talca, realicé un acercamiento al trabajo con mujeres mayores. En primera instancia, este trabajo se transformó en una escuela de empoderamiento y de agencia de mujeres mayores, lo que posteriormente derivó en un proceso de acompañamiento que ha durado tres años. Así formamos un grupo con alrededor de 15 mujeres mayores, de entre 60 y 82 años.

A partir de este acercamiento, empecé a preguntarme cómo estas mujeres mayores entienden la libertad, porque ellas mismas manifestaban que, ahora que eran más viejas, se sentían más libres. Desde fuera, observando la historia de vida de otra persona, una mira esa libertad con cierta suspicacia, quizás consideras que esa forma de libertad no te permitiría ser muy libre. Eso me llevó a trabajar el tema en mi tesis doctoral, la que estoy terminando ahora, que tiene que ver con los significados otorgados por mujeres mayores a la autonomía. ¿Cómo entienden las mujeres mayores su autonomía? Esa es la idea central, y me posiciono desde la gerontología feminista, que plantea que las mujeres mayores han sido muchas veces postergadas y dejadas de lado, invisibilizadas, en una suerte de decadencia que precisamente mantiene prejuicios y estereotipos que hasta hoy día permanecen. El abuelismo, el viejismo, el edadismo son parte

activa de la posición que actualmente las mujeres mayores tienen socialmente. Estos discursos las sitúan en una posición de vulnerabilidad y fragilidad. La tesis que estoy trabajando trata de ver –desde el trabajo con trayectorias de vida, a través de entrevistas biográficas— cómo ellas entienden sus procesos de ir construyendo su devenir mujeres y si es que hay eventos, situaciones, hechos o acciones, que puedan tener incidencia en sus concepciones de autonomía.

Me he encontrado con cosas bastante interesantes y también cosas muy difíciles de asumir. La vejez en Chile es una población que ahora, con el COVID, ha tomado importancia, pero desde el punto de vista de que son aquellos o aquellas más propensas a morir por la enfermedad. Se les pone en una posición de vulnerabilidad y fragilidad, cuando también cabe visibilizar qué otras cosas pasan o se juegan en esas posiciones sociales. Eso es lo que estoy trabajando, desde el punto de vista de la vida cotidiana, asumiendo que la construcción de la autonomía, finalmente, se juega en la vida cotidiana.

**ANA MARÍA:** En estos momentos estoy compartiendo una investigación con Yanina y Javiera, que lleva por nombre “Memorias de una pandemia”, que se enmarca en un proyecto de alcance latinoamericano que integra a más de dieciocho instituciones. En el caso de Chile, particularmente, estamos interesadas en ahondar en las narrativas de mujeres que se han involucrado en prácticas de resistencia en el contexto de la crisis sanitaria actual. Esta es una investigación que me parece maravillosa, porque reúne dos temas que han marcado mi vida. El primero tiene que ver con la memoria, con los procesos de construcción de memorias colectivas. El segundo, con cómo las organizaciones de mujeres están afrontando un periodo crítico a partir de sus prácticas colectivas, que podríamos situar en clave de resistencia. Esto último es la continuidad de una trayectoria que inicié junto a otras investigadoras, con quienes nos acercamos a dialogar con mujeres mapuche. Ellas estaban afrontando la violencia sociopolítica en la Araucanía, el Wallmapu, y aprendimos cómo, desde sus saberes colectivos y la fuerza organizativa de las comunidades, pueden afrontar la violencia sociopolítica y avanzar hacia una reparación en comunidad.

De este modo, el proyecto “Memorias de una pandemia”, centrado en prácticas de resistencia movilizadas por mujeres, busca comprender qué está ocurriendo con las economías del cuidado: ¿se evidencian tensiones entre las labores desarrolladas en los espacios privados?, ¿qué ocurre con la vivencia de estas lideresas en relación a dobles y/o triples jornadas laborales? Hablamos de triple jornada en cuanto dichas mujeres están tratando de “parar su propia olla” (cuidar sus hogares y a sí mismas) y “parar la olla” del territorio (trabajo comunitario), mientras muchas realizan también labores remuneradas (empleo). Creemos relevante mirar esto, porque ya llevamos más de un año con esta pandemia y muchos investigadores e investigadoras están discutiendo si realmente estamos en una crisis o si ya es un escenario que se va estabilizando como estado de situaciones críticas más estructurales. Vemos como esta pandemia ha ido profundizando las desigualdades sociales que ya existían, también vemos como los territorios y las colectivas han podido resistir con propuestas, reinventado o recuperando prácticas que, históricamente, han estado presentes ante los avatares de la desigualdad.

Por otra parte, a partir de esta investigación hemos podido profundizar en como algunas economías más territorializadas, solidarias, han permitido desplegar mayores respuestas e incluso respuestas más innovadoras. Circuitos que también han permitido mayor distribución de poderes y de recursos, posibilitado enfrentar algunas desigualdades y romper los límites del encierro, de la reclusión que las medidas sanitarias han impuesto sobre nuestros cuerpos, nuestras vidas, minando muchos de los derechos, libertades y autonomías que ya se habían recuperado. Es así como he podido realizar entrevistas a una lidereza comunitaria, parte de una organización que ha logrado mantener por mucho tiempo una olla común en Temuco, y a una colectiva feminista de las disidencias, quienes están trabajando sistemáticamente en la defensa del ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos, pese al confinamiento domiciliario producto de la pandemia.

**Los tres proyectos de investigación que nos presentan, sin duda, comienzan a dilucidar este entramado entre crisis, feminismos y comunidades. No obstante, antes de entrar de lleno en ese diálogo, cabe destacar que las investigaciones que comentan se localizan, principalmente, en ciudades no metropolitanas. Entiendo que la investigación de Gloria se sitúa en Wallmapu, en la Araucanía; Ana María ha estado realizando trabajo de campo y entrevistas en Temuco; Yanina ha trabajado su tesis doctoral en Talca y, en el marco del proyecto “Memorias de una Pandemia”, ha realizado entrevistas en Valparaíso; y, por mi parte, he realizado entrevistas tanto en Chillán como Talca.**

Lo anterior también concatena con una investigación que estamos realizando desde la Escuela de Sociología, que busca indagar en los entramados comunitarios que se rearticulan en el contexto de crisis sanitaria, para apoyar y crear redes de solidaridad en torno a la sostenibilidad de la vida. Uno de los énfasis de este estudio está en las acciones feministas que actualmente toman mayor visibilidad a nivel comunitario. En ese escenario, estamos mirando iniciativas en las ciudades de Talca, Chillán y Rancagua. Entonces, vemos que los proyectos que estamos poniendo en diálogo no sólo comparten este interés por visibilizar el trabajo, las “actuancias” y las resistencias de mujeres en contextos de crisis, sino que lo hacemos en ciudades intermedias o que no corresponden necesariamente a la capital nacional, que suele ser un escenario de estudio bastante recurrente.

Por otro lado, cabe poner en la palestra cómo visualizan los feminismos el concepto de crisis. Actualmente estamos frente a una crisis sanitaria, pero también podemos argumentar, desde la economía feminista, que esta es una crisis “sobre” otras crisis. Estamos viviendo lo que muchas/os han llamado crisis civilizatoria, sistémica, multidimensional, que repercute en todo el tejido social y que es provocada por un modelo económico determinado, que pone en el centro el capital por sobre la sostenibilidad de la vida. En esta línea, desde hace un tiempo, ciertas autoras –como Amaia Pérez-Orozco, Cristina Carrasco, Sandra Ezquerro, entre otras— aluden a una *crisis de cuidados*, aquella que afecta a los hogares cuando las mujeres nos insertamos masivamente en el mundo laboral, donde

**las labores reproductivas o de cuidado, asignadas tradicionalmente a las mujeres, se ven mermadas, transferidas y/o tensionadas. Entonces, en este contexto, ¿cómo se han visto afectadas particularmente las mujeres?**

**GLORIA:** En los diarios, con frecuencia, hemos visto distintos estudios que muestran el panorama que estamos viviendo hoy en el país. He estado haciendo un seguimiento de estas notas, por ejemplo, una nota que salió en el diario La Tercera en septiembre del año pasado. Esta hablaba de un sondeo de la Mutual de Seguridad y de la encuesta CADEM sobre percepciones en relación al retorno al trabajo presencial. Ahí encontramos angustia y miedo, sobre todo en mujeres. El 26% de los hombres encuestados sentía angustia, contra el 43% de las mujeres, y, respecto al miedo, vemos el 34% de los hombres versus el 47% de las mujeres (Sepúlveda, 2020).

En agosto del año pasado, una nota que salió en la Radio Bío-Bío sobre un estudio de la Universidad de Valencia, de la investigadora Empar Aguado, plantea que hay que reconocer que los hogares, los sistemas de salud y la economía han sido sostenidos por el trabajo doméstico durante esta crisis, pero no a costa de nada; hay costos (Syrikova, 2020). En agosto 2020, el diario La Tercera aborda la encuesta de empleo del Centro de Encuestas y Estudios Longitudinales de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde se evidencia que durante esta pandemia las mujeres han aumentado 1,4 horas en trabajo doméstico (Alonso, 2020). Esto tiene relación con lo que tu decías, Javiera, si ya antes había una inequidad en la distribución del trabajo doméstico, ahora se ha agudizado. Hay datos sorprendentes respecto a esta encuesta, casi el 40% de los hombres había dedicado 0 horas al trabajo doméstico en una semana (Alonso, 2020).

Entonces, hay una muy baja corresponsabilidad en las tareas domésticas en Chile, algo que también ha señalado Comunidad Mujer, quien ha estado insistiendo de manera reiterada que es necesario reactivar medidas por parte del gobierno, de las empresas, de las organizaciones públicas, para encontrar alternativas para solventar esta inequidad, que se suma a una inequidad que ya vivíamos las mujeres (Leiva, 2020). Cabe encontrar alguna estrategia —por ejemplo, implementar subsidios—, porque toda esta inequidad en el cuidado tiene su costo, en este caso, sobre la salud mental de las mujeres. Las mujeres son las personas que más se han visto afectadas en su salud a raíz de toda la crisis que estamos viviendo: depresión, ansiedad o trastorno del sueño (Hartung, 2020).

Es importante generar una mayor visibilidad de los efectos que está teniendo la crisis sanitaria y el aislamiento social sobre la salud mental y física, y en la organización al interior de los hogares (Hartung, 2020). Si bien esto es algo que estamos viviendo hoy en día, tenemos la obligación ética, la obligación política, de visibilizar esta crisis. En ese sentido, también estamos frente a una oportunidad para buscar formas de transformar los escenarios críticos y retomar algunas experiencias que nos ayuden a repensar cómo podemos encontrar otras formas para enfrentar el cuidado. A eso es a lo que me refería cuando me preguntaba qué podemos aprender como mujeres para encontrar formas de subvertir las desigualdades que enfrentamos, para construir una sociedad distinta.

En relación al trabajo con agricultoras a pequeña escala, he visto que ellas tienen la responsabilidad del trabajo doméstico y del cuidado, y son capaces de subvertir estas formas cuando resignifican el trabajo doméstico, cuando generan un cambio social o, al menos, un cambio familiar en la significación de este tipo de trabajos. En el hogar campesino se traslapan las actividades productivas (cuidar el campo, cuidar la huerta) con las actividades reproductivas (cuidar a otras personas). Eso, evidentemente, tiene un costo muy alto para ellas, les genera frustración, pero cuando logran que ese aporte dentro del hogar se transforme y sea visualizado como un aporte social, comunitario, familiar e incluso un aporte intergeneracional, les da mayores oportunidades de enorgullecerse de lo que están haciendo. Lo que ellas están generando productivamente es motivo de orgullo incluso para sus hijas, para las siguientes generaciones. Entonces, llevo esto que observo en mi investigación a un escenario macro social, donde se hace cada vez más patente que no podemos seguir sin una organización social sustentable de la vida. Hoy día, ¿cómo podemos cambiar esos términos y encontrar nuevas significaciones, para replantearnos de otra forma? No solamente la sociedad, sino también las mujeres: ¿cómo podemos replantearnos en nuestra autoestima y/o rescatar todo esto que hemos estado generando y aportando a la sociedad?

**En lo que nos plantea Gloria observamos una tensión importante: las mujeres, en mayor medida, nos hemos preocupado de las tareas de cuidado, pero ¿quién cuida de las cuidadoras? Muchas veces las mujeres que ejercen estas labores ponen por delante el cuidado de otros u otras, dejando de lado su salud mental, su salud física, su salud emocional. Ahí hay una problemática que, si bien ha empezado a visibilizarse, aún queda por trabajar. Sobre todo, recordando lo que mencionaba Yanina, en un escenario social donde se fomenta esta idea de la autonomía, de la independencia, cuando en realidad –junto al feminismo, vamos a decir que— las personas somos frágiles física, emocional y psíquicamente, necesitamos cuidados desde que nacemos, durante todos nuestros procesos vitales. Si estamos enfermas necesitamos que nos cuiden, necesitamos cocinar, limpiar nuestra casa, estamos constantemente apoyándonos en otros y otras para poder seguir subsistiendo y ese elemento parece estar escasamente visibilizado. Con ello, como sociedad, estamos descuidando a este grupo de mujeres que tienden a dejar de preocuparse por sí mismas por estar cubriendo las necesidades de otros y otras.**

Entonces, la tensión se expresa, por un lado, porque las mujeres presentan necesidades o problemáticas específicas dados los roles socialmente asignados y, por otro, ellas suelen ser las protagonistas de iniciativas colectivas a nivel local en ayuda de otras personas con mayores necesidades, tanto materiales como psicológicas o incluso emocionales. Por ejemplo, un estudio de la Universidad de Chile, a principios de la pandemia, hablaba de una feminización de las ollas comunes. En este contexto, Yanina, quisiera preguntarte, ¿qué rol crees que han cumplido históricamente las mujeres en enfrentar diferentes crisis y también en el tejido de las comunidades?

**YANINA:** Quería acotar un par de cosas, a propósito de lo que estabas diciendo, que me parece que está apuntando muy bien a dos situaciones. Primero, que la interdependencia es parte de nuestra relación como seres que convivimos juntos y que conformamos grupos, comunidades, sociedades. Entonces, dependemos unos de otros, no podemos negarlo, a pesar de que nos han dicho que somos independientes desde un discurso capitalista que se presenta desde la autosuficiencia y que, por lo tanto, asume que el resto no contribuye en nada a tus logros, a alcanzar una meta, a desarrollarte, a crecer, a estudiar, etc. Hay que despertar de esa ilusión que responde a un sistema que tiene como finalidad aumentar el capital a costa de los seres humanos. Es un sistema que no pone necesariamente a la vida como elemento central.

Por otra parte, cabe mencionar que el discurso sobre la autonomía también puede tener un correlato neoliberal, más cercano a esta idea de independencia. Sin embargo, cuando hablo de autonomía, lo hago desde una perspectiva feminista, que la entiende como relacional; es decir, logramos la autonomía porque otros y otras nos permiten ser autónomas/os. Hay oportunidades, hay facilidades, algo ocurre para que tú puedas desarrollar esa autonomía.

Para responder a la pregunta sobre el rol histórico de las mujeres, me sitúo desde las trayectorias vitales que he podido ver en mi trabajo con mujeres mayores. Lo que tenemos hoy día está construido sobre lo que otras mujeres han hecho en otro momento. Hay hilos de tiempo que se van cruzando y también hay modelaje de madres, abuelas, tías y amigas. Cuando una habla con mujeres grandes, siempre está la imagen de otras mujeres que han marcado la vida, en el sentido de que les han mostrado como se es mujer, como se debe cuidar, como mantener y sostener la vida. Una señora campesina mayor, me decía muy orgullosa que ella, a los 15 años, sabía manejar una casa y que las jóvenes de hoy no saben. Ese es un aprendizaje de sus ancestas y ella lo plantea de esa manera: “manejar la casa” quiere decir tener bajo control las disposiciones de la vida familiar.

Estoy de acuerdo con esa idea de vivir eternamente en crisis, porque como país nos afecta el hambre, la falta de agua, la contaminación, la violencia, los terremotos, la pobreza, etc. Hay eventos que intensifican ciertas condiciones materiales y, en ese escenario, emerge con mayor visibilidad el accionar de las mujeres. En la historia, esas apariciones tienen distintas manifestaciones, pero finalmente se dan en la vida cotidiana. El sostener, cuidar, preocuparse de otros y otras también tiene que ver con la vida cotidiana. A pesar de la fragmentación social, las mujeres somos las que mantenemos en gran medida los vínculos, los lazos sociales, implementando también lazos de resistencia: al individualismo, a las relaciones mercantilistas como únicas formas de relacionarnos. Esto es clarísimo cuando trabajamos con comunidades; quienes más participan son mujeres y lo hacen desde distintas posiciones.

A propósito de lo que dice Gloria, cuando hablo con mujeres mayores, que han dedicado buena parte de su tiempo al trabajo reproductivo –doméstico, no pago, no asalariado—, una forma de participación que ellas tienen es a través de las organizaciones de padres y apoderados

de la escuela de sus hijos e hijas, y son activas. Desde ahí articulan formas de estar presente que no tienen incidencia política, entonces, esas formas de liderazgo tampoco son muy vistas. Por ejemplo, en otra entrevista, hablamos con una mujer que decía “yo me encargo de hacer cadenas de favores anónimamente, busco a gente que me apoye, que me dé dinero cuando alguien esté en una condición de enfermedad, o cuando está recién teniendo un emprendimiento pequeño”. Esas pequeñas redes de apoyo tampoco son visibilizadas, no son las que aparecen públicamente.

Esta reflexión se vincula a lo que comentó Anita respecto a cómo las mujeres, cuando comienzan a ejercer liderazgo, muestran acciones que tienen que ver con el cuidado. En las mujeres mayores vemos que, si son dirigentes de un grupo de personas mayores, se preocupan de quienes están enfermas/os, de ver cómo las/os vamos a apoyar, etc. Lo paradójico es que, en la vejez, se siguen manteniendo las mismas formas de subordinación que enfrentan a través de otros periodos de la vida. Entonces, los hombres colonizan estos espacios de liderazgo y suelen ser más visibles. Las mujeres tienen un perfil más bajo, públicamente no se presentan tanto, les cuesta hablar en público, entonces, su protagonismo e incidencia política queda opacada.

Para terminar, cabe destacar que las mujeres participan en distintos tipos de organizaciones que mantienen la vida, como las ollas comunes. Las ollas comunes han conservado una tradición importante en la historia chilena, pero hay un montón de otras iniciativas que tampoco tienen tanta visibilidad, como las acciones en defensa del territorio, de provisión de cuidado, las redes de protección frente a la violencia machista, las coordinaciones en pequeñas cooperativas, la mantención de los huertos, etc. También el cuidado en lugares más íntimos, como el cuidado de animales, de espacios, de plantas, de personas.

**Efectivamente, Yanina, vemos cómo el trabajo que se dice “doméstico” también se extiende a la comunidad. Por ejemplo, esto de cuidar las/os hijas/os de otras personas, cuidar la casa cuando alguien ha salido, etc. Siempre ha habido articulaciones donde mujeres también se han acompañado y han tejido comunidad; redes para poder subsistir, no solo físicamente –como la comida, la ropa, las ollas comunes—, sino también para proveerse de cuidados, apoyo y atenciones en casos específicos. Ese ha sido un rol que las mujeres han ejercido históricamente.**

**Por otro lado, es cierto aquello que comentas, Yanina, sobre la participación de las mujeres. Muchas veces, las mujeres participamos del espacio público comunitario, del espacio político, pero no siempre accedemos a los cargos de representación en las juntas de vecinos, por ejemplo. Asimismo, muchas veces ser presidenta del centro de padres y apoderados está menos valorado en relación a otros cargos de representación. Aunque también hay un activismo político, hay una responsabilidad que moviliza a las mujeres a contribuir con sus comunidades, este tiende a ser subvalorado. Vemos cómo el trabajo de cuidado se proyecta a la comunidad y a otros espacios, y sigue el patrón de subvaloración.**

**Aun así, somos testigos de cómo las mujeres siguen articulando la comunidad en este contexto de crisis, urdiendo estos entramados comunitarios de los que hemos hablado. No obstante, posterior a la revuelta feminista del 2018 y a la revuelta social del 2019, vemos que ahora se tornan más visibles orgánicas que se reconocen abiertamente feministas y que están accionando, actuando, que buscan construir redes. Entonces, quería preguntarte, Ana María, ¿qué rol crees que han jugados las mujeres y los feminismos en la actual crisis?**

**ANA MARÍA:** Principalmente, me voy a referir a los feminismos, porque me parece que históricamente han jugado un rol central en diversas crisis que hemos vivido como país. También quería hacer mención de la gran historia, que pocas veces ha sido contada, del camino que los feminismos han tenido en el siglo pasado y en este, respecto de distintas luchas, de distintas crisis sistémicas, como también mencionaste. Pienso, en primer lugar, en el gran legado de las mujeres desde las luchas obreras, en Teresa Flores, que ya en los años 30 denunciaba la gran precariedad de las clases populares.

Posteriormente, podemos recordar el surgimiento del MEMCH, el Movimiento pro Emancipación de las Mujeres, que, en pleno contexto de guerra mundial, dejó una huella importante en la política chilena. Ellas, muy adelantadas para su tiempo, usando formas de comunicación que hasta el día de hoy son alternativas –como fanzines, boletines, revistas— lograron también contribuir a este carácter movimientista, y ese es un tremendo aporte. Las “memchistas” hicieron grandes esfuerzos para poder discutir en la política de la época, siendo un contexto desfavorable, donde se les negaba la ciudadanía a las mujeres. Aun así, lograron visibilizar sus denuncias en torno a las deterioradas condiciones en las que vivían las familias pobres urbanas de la época. A hí también tenemos un ejemplo de cómo los movimientos de mujeres y feministas instalaron discusiones que, hasta el día de hoy, lamentablemente, son un tema transversal, que tienen que ver con la precariedad de la vida y con las condiciones difíciles que nos impiden el buen vivir. Incluso los ahora llamados derechos sexuales reproductivos también se estaban discutiendo en esa época, desde las demandas e interpelaciones del MEMCH.

Pasando a los años 80, vemos al movimiento de las mujeres en la lucha contra la dictadura, donde tuvieron un rol importante en la organización de las poblaciones y barrios. También en la búsqueda de sus familiares detenidos desaparecidos, y en la observancia de la transgresión a los derechos humanos de la época. Son experiencias sobre las que indudablemente se construyen los feminismos actuales, de ellas hemos aprendido. En la actualidad, es importante mencionar el levantamiento del “Mayo feminista” del 2018, que sin duda logró remecer a una de las élites más intocables, como son ciertas capas estamentales dentro de las universidades. Las jóvenes feministas desbordaron transversalmente con sus demandas esas estructuras a lo largo de todo el país, y tuvieron que ser transformadas. Hoy día tener un protocolo de género en todas las universidades es parte de los sentidos comunes y eso se lo debemos a ese

“Mayo feminista”. A su vez, todo ese trabajo fue un aporte y un soporte en la revuelta social de octubre. Revuelta impactante, con importantes repercusiones: como un proceso constituyente que está en marcha.

Se podría decir que las prácticas movimientistas del feminismo tienen raigambres tan sólidas que contribuyeron a que esta revuelta social integrara nuevas formas de hacer política, en eso estamos hoy día, pensando en cómo contribuir para impulsar las transformaciones que necesitamos. Cuando se levanta la revuelta, el movimiento feminista fue una de las organizaciones sociales y políticas que contaba con mayor estructura. Venían trabajando programas anuales en los encuentros plurinacionales, con amplias convocatorias desde el 8M, con demandas transversales que no sólo tenían que ver con la equidad de género o las desigualdades entre hombres y mujeres, si no que implicaban reivindicaciones vinculadas a paradigmas complejos como el buen vivir, las luchas por el derecho al agua, por la defensa de los territorios y sus autonomía, por el movimiento estudiantil, por los derechos sociales y en contra de la precarización de la vida. Son programas co-construidos nacionalmente y que hablan de una forma distinta de democracia, más participativa: con diálogos afectivo-políticos que fueron posibles en la implementación de las asambleas, diálogos desde el *affidamento* –del que hablamos las feministas— y en espacios libres de violencia, como dice Marcela Lagarde.

He ido recorriendo, así, parte de los grandes aportes del movimiento feminista en nuestro país, a la revuelta social de octubre y muchas de las iniciativas que emergen hoy en contexto de pandemia como respuesta solidaria ante la precarización. Pude observar esto en las entrevistas con las organizaciones de las ollas comunes y con grupos feministas de las disidencias. Conocimos una iniciativa sobre educación sexual, particularmente enfocada en la distribución de preservativos. La colectiva ya venía con un trabajo formativo anterior y se reinventaron en pandemia, levantando un proyecto maravilloso, con mucho sentido en estos tiempos. La iniciativa se llama “Muévete rico, muévete seguro”. Un nombre que contradice estos tiempos de confinamiento, donde la principal medida de control sanitario ha sido restringir el movimiento. Entonces, irrumpe y quiebra esta idea del encierro con la educación sexual, a pesar de las limitaciones de los aforos para reunión y justo cuando las políticas públicas sanitarias han fracasado en el ámbito de la sexualidad.

Es una experiencia que ha permitido entregar más de cuatro mil preservativos en pandemia. Han superado la capacidad de distribución de un centro de salud. Estamos frente a una respuesta eficiente ante una problemática urgente, que se intensificó en pandemia. También estamos hablando de una forma de cuidado que va más allá de las medidas socio sanitarias impuestas desde una cultura individualista; una práctica de cuidado a otros, otras y otras en el ejercicio de su sexualidad. Es una práctica de cuidado que, una vez más, nos demuestra cómo los feminismos pueden aterrizar y hacerse parte de una respuesta de gestión de las sexualidades, cómo podemos ejercer nuestros derechos sexuales, y cuidarnos entre nosotres. Los feminismos son un gran proyecto de transformación capaz de subvertir cada momento.

**Efectivamente las acciones feministas han buscado dar respuestas a problemas que no son tema para otras personas que no sean las mujeres: la sexualidad, la intensificación de violencia de género intrafamiliar, entre otras cosas. También lo que hemos encontrado en la investigación que llevamos desde la Escuela de Sociología es que efectivamente las mujeres se apoyan entre ellas y buscan cubrir los grandes vacíos de bienestar y seguridad social que tiene el actor gubernamental. Hay una rabia que impulsa esto, pero también hay un cuidado, de acogerse y apoyarse, se habla del “apañe feminista”, del apoyo que se puedan brindar entre mujeres, entre gente que está en la misma sintonía de cuidarse y de garantizarse cosas que son mínimas para la subsistencia humana, para la sostenibilidad de la vida. Ahí hay un eje transversal a las iniciativas observadas.**

**Para ir cerrando estas reflexiones, ¿les interesaría plantear algunas interrogantes o aspectos que pueden seguir discutiéndose en torno a lo que hemos estado conversando?**

**GLORIA:** Sí, me quedo con una pregunta que circuló por aquí, en uno de los comentarios: ¿qué es lo doméstico? Creo que ese ha sido uno de nuestros desafíos como mujeres y como feministas, llevar de alguna forma lo doméstico al ámbito público para que le otorguemos el valor que realmente tiene, valorar al trabajo de las mujeres al interior del hogar, sobretodo en estos tiempos, en términos de cuidado. Creo que ese es nuestro reto, que se reconozca socialmente este trabajo, que se reconozca su valor económico, su valor social, sobre todo, que las propias mujeres seamos consciente que son acciones que producen valor y que aprendamos a darle su lugar.

**YANINA:** Sólo quería acotar lo que leí hace un tiempo: “la economía no es neutral en términos de género”, y claro que es así; tanto las ciencias económicas como las políticas económicas no reconocen los impactos diferenciados de ciertas medidas en hombres y mujeres, ni superan la ya tradicional división sexual del trabajo. Esta dicotomización entre el trabajo reproductivo y no reproductivo es algo que tenemos que seguir cuestionando. Finalmente, cabe seguir la problematización de los cuidados.

**ANA MARÍA:** Tenemos que aprender de las experiencias que han desarrollado las mujeres y los movimientos feministas. Hoy hemos puesto en la agenda pública nuestros temas y, en ese sentido, tenemos que hacernos cargo. Tanto investigadoras como activistas feministas podemos dialogar en torno a la acción colectiva que podemos levantar. Estamos transitando por un proceso histórico a nivel país que requiere estos diálogos, porque nuestra experiencia tiene la capacidad de desbordar todos estos procesos académicos y políticos.

**Estos temas adquieren relevancia, sobre todo, en el proceso constituyente que actualmente estamos viviendo, donde resuenan voces feministas que demandan políticas de cuidado, que reivindican la visibilización y el reconocimiento del valor que producen las acciones que buscan sostener la vida; no solo un valor económico sino también social, simbólico. Hablamos de un trabajo invisibilizado, subvalorado que, no obstante, sustenta las otras ramas de la economía, la política y la sociedad misma.**

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alonso, C. (2020). Más carga para la mujer: estudio reveló que casi el 40% de los hombres destinó 0 horas a la semana en actividades como cocinar, limpiar o lavar ropa. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/pulso/noticia/nada-ha-cambiado-en-cuarentena-los-hombres-aportan-muy-poco-tiempo-a-labores-del-hogar-el-cuidado-de-los-hijos-y-su-educacion/73MAHJEYE5AVXOVT-QNJNUOAZSA>

Hartung, A. (2020). Programa Saludable Mente: 'El 67% de las consultas a Hospital Digital las realizan mujeres'. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/paula/programa-saludable-mente-el-67-de-las-consultas-a-hospital-digital-las-realizan-mujeres/>

Leiva, M. (2020). Comunidad Mujer: El 88% de las mujeres que perdió el empleo no volvió al mercado laboral. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/pulso/noticia/comunidadmujer-el-88-de-las-mujeres-que-perdio-el-empleo-no-volvio-al-mercado-laboral/YJCW3H5XSVG-Q7MYMBKJCWSVMKY/>

Sepúlveda, P. (2020). Preocupación, angustia y miedo: las emociones predominantes en el retorno al trabajo post cuarentena. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/que-pasa/noticia/preocupacion-angustia-y-miedo-las-emociones-predominantes-en-el-retorno-al-trabajo-post-cuarentena/KATMQYZS35EGFPB5OKIXCNYTM>

Syrikova, T. (2020). La pandemia ha agravado la desigualdad de género: mujeres tienen doble de trabajo y más precario. *BíoBíoChile*. <https://www.biobiochile.cl/noticias/sociedad/debate/2020/08/12/la-pandemia-ha-agravado-la-desigualdad-genero-mujeres-tienen-doble-trabajo-mas-precario.shtml>